

é se quisiesen acoger contra la montaña ó contra la cibdad, que les saliesen ellos delante, é que fuesen todos deshechos, así como el trigo cae entre dos muelas; é en pos desto dijo á los cabdillos que se toviesen como altos hombres que ellos eran é buenos caballeros debian hacer, é que no desmayasen por ninguna manera por aquella gente cativa, que eran todos muertos de hambre é mal encabalgados é armados de mezquinas armas, é que estaban todos cansados é quebrantados por los muchos é luengos trabajos que sufrieran en la cibdad de Antioea, é otrosí viniendo de luengas tierras.

CAPITULO CXXXVI.

Cómo toda la hueste de los turcos se partió en tres partes.

Los turcos con grande astucia parliéronse en tres partes, é fíncó la una en el campo, é la otra levó consigo Corvalan, é la tercera parte fué hácia la mar con el rey Religion é con Zuleman, así como habeis oido que lo mandara Corvalan. Estaba de aquella parte Rinalte, é eran con él dos mil caballeros muy bien armados, é cuando vieron que los turcos venian juntos muy de récio, é oyeron tañer los atambores é los añafles é las bocinas, é que hacian tan gran ruido, que todo el valle retremia, fecieron ellos otrosí tañer las trompas, é agujaron contra ellos muy acabdilladamente; é cuando se hobieron de ayuntar, levantóse el ruido tamaño de la una parte é de la otra, que metió muy gran espanto en los que no eran de buenos corazones, é fuéronse á herir. Estonces hobo muchas lanzas quebradas, é muchos escudos falsados, é muchos yelmos é muchas lorigas é muchos moros desbaratados; así que, de cuanto los cristianos debian hacer no menguó ninguna cosa, mas el poder de los turcos fué tan grande, que maguer que muchos morian, tantos eran, que parecia que nunca menguaban; é así, acasció que aquella haz de los cristianos do estaba don Rinalte fué vencida é desbaratada; de manera que él no pudo huir, é perdió la cabeza, é don Rinalte el buen caballero fué allí derribado, que le mataron el caballo, é fué el escudo todo hecho piezas é la loriga falsada por muchas partes, é fíncó él de pié en la priesa por grande desventura, é fué herido de cuatro dardos por el cuerpo, é dispararon á la hora sobr'él mas de mil arcos torquies, é cuando vió que habia de morir é que non podia escapar de las heridas, con muy gran pesar alzó la espada é hirió á un turco sobre el yelmo, é tan grande fué el golpe, que todo lo hendió hasta los dientes, é defendióse él muy bien quanto pudo; mas tanta le salió de la sangre, é non hobo acorro ninguno, que al cabo non se pudo tener en los piés é cayó en tierra, é rogó á Dios que le hobiese merced; estonce salióse el alma del cuerpo. Despues que don Rinalte fué muerto, tomó el rey Religion gran esfuerzo, é metióse mas adelante bien con treinta mil turcos, é los mas dellos traian en cuernos de arambre huego greciseo, á que llaman en España huego de alquitran, é echábanlo sobre los cristianos é quemábanles los caballos é las armas; así que, estaban en muy gran cuita.

CAPITULO CXXXVII.

Cómo los altos hombres fueron derechos para do estaba el rey Religion, é cómo mataron muchos dellos.

Cuando esto vió el obispo de Puy, que era hombre sábio, llamó á los altos hombres á muy grandes voces, é díjoles: «Varones, muy gran bien seria que fuésedes á herir en aquella gente que tanto mal nos han fecho, é mas nos farán si así los dejamos é mucho vivieren; é yo iré primero en el nombre de la santa Veracruz.» Respondiéronle ellos que decia muy bien, é fueron allí con él Ruberte, duque de Normandía, é el duque Gudufre con los alemanes é con los toscanos; é así como llegaron, hirieron luego en ellos, é esto fué tan de récio, que les falsaron las lorigas, é no dieron nada por su fuego, é mataron muchos de los persianos é de los de India; é de tal manera los cometieron é tan fuerte los hicieron, que los levaron del campo é los hicieron dejar de pelear; tanto, que tornaron atrás por fuerza; é el duque de Normandía era muy buen caballero é muy sufridor de cualquier cosa que le veniese, é el duque Gudufre otrosí muy ardid é muy temido; ca al que él alcanzaba bien no habia maestro que lo sanase, que él lo libraba luego; é en poca de hora pararon tales á los turcos, que el campo yacia todo cubierto de sangre dellos, é muchos á maravilla eran muertos. Cuando el rey Religion é Zuleman, que los acabdillaban, vieron que tan mal los traian los cristianos, tornaron las cabezas de los caballos é comenzáronse de ir; é estonce fueron allí todos desbaratados é muertos, que non fíncó dellos á vida sino los que pudieron escapar por una de cabállo; así que, no quedaron de herir en ellos hasta la tienda de Corvalan; é el rey Religion dando voces con gran saña é diciendo: «Corvalan, ¿qué hecistes? Toda mi compañía es muerta, sino muy pocos que huyeron de la muerte.» Cuando Corvalan esto oyó, hobo muy gran pesar é dijo á muy grandes voces: «Mis vasallos, vengadme de aquella gente lijosa, é tomadme los príncipes vivos, ca yo los quiero levar á Persia en cadenas para los presentar al gran Soldan, mi señor, é despues que los hobiere en su poder haga dellos lo que tuviere por bien.» Los vasallos de Corvalan agerezáronse luego, é mandaron tañer los atambores é las bocinas, é salieron é movieron contra los cristianos tan fieramente, que todos fueran desbaratados, sino por el duque de Normandía, que acorrió é se paró con ellos.

CAPITULO CXXXVIII.

Cómo se comenzó gran batalla entre Corvalan é Boymonte.

Salió á esa hora Corvalan é fué de parte de la montaña, como habia puesto, é levó consigo los alárabes é los de Persia; é d'aquella parte estaba el buen caballero Boymonte, é estonce se comenzó la batalla tan maravillosamente, é tan fieramente fué herida, que muchos altos hombres perdieron la vida aquel día; é las otras haces de los cristianos movieron otrosí muy ordenadamente, é iban tan espesos é juntos, que aunque lluvia cayese sobr'ellos non podria caer en tierra; é parecian tan apuestamente de cómo iban, que no fué rey ni emperador ni César que tan hermosa gente viesse ayuntada en un lugar ni aun tanta. Mas cometiéronlos

estonce los turcos muy de récio, é tan espesas tiraban las saetas, que semejava lluvia cuando caia del cielo. E el que se non sabia bien encobrir fué allí mal trecho en poca de hora, ca mataron hí esos turcos ya cuantos de la gente menuda, é otrosí mataban los caballos á los caballeros, é los que quedaban habian muy gran pesar é echaban los escudos tras sí é sufrían quanto mas podían; ca la pena que sufrieron Roldan é Oliveros ni Rainer no fué nada con aquella cuita; é cuando fueron los cristianos tan acerca de los turcos, que cuidaban ir á herir en ellos de las espadas, fuyéronles é esparciéronse por el campo, como hacen los ballesteros, para usar mas apaciblemente la caza que es de su oficio.

CAPITULO CXXXIX.

Cómo don Yugo Lomaines, hermano del rey de Francia, é Gudufre fueron á acorrer á Boymonte, que lo habia mucho menester.

En esto los cristianos apresuráronse, é despues fueron tan llegados á los turcos como oistes; así que, los pensaban herir de las lanzas é espadas, é los turcos fuyeron é se esparcieron á todas partes; é los cristianos otrosí, cuando vieron que los no esperaban, dijieron los unos á los otros que, pues que non hallaban batalla en aquel lugar, que la fuesen buscar á otra parte; é ellos estando así, llególes un mensajero corriendo cuanto el caballo podia correr, é llamó á don Yugo Lomaines, é díjole llorando: «Señor, Boymonte, príncipe de Pulla, vos envia decir que le enviédes acorro por amor de Dios, que mucho lo ha menester, ca le tienen en gran cuita los descreídos.» Cuando esto oyó don Yugo, fué muy triste por ello, é dió muy grandes voces, diciendo: «Adelante, caballeros; que agora habrédes la batalla que deseáis.» E cuando vió el duque de Bullon que se iba don Yugo quanto el caballo lo podia levar, fué muy apriesa en pos dél con muy gran compañía. E don Yugo Lomaines, así como llegó, entró en la batalla é mandó desvolver su pendon, é encontróse luego con un persiano que maltraia á los cristianos, é con la gran saña que dende hobo, enderezó contra él é fuélo á herir de la lanza, é tan gran golpe le dió, que el escudo nin la loriga non le tovieron ningun provecho, que todo non gelo falsó, é dióle por los pechos, que le pasó á la otra parte é dió con él en tierra; é metió mano á la espada é hirióle, como hombre de gran esfuerzo. Mas en tanto que el Conde mató este persiano, recibieron los cristianos gran daño, ca perdieron á don Belvays, que traia la seña de don Yugo Lomaines, ca lo hirió un turco con un dardo emponzoñado, que le pasó de parte á parte é cayó muerto en tierra; é hobieron muy gran pesar los franceses, é los borgoneses, é los angevis, é massines, é frisones, é loreneses, é levantóse muy gran ruido, é entre las voces de la gente é los golpes de las espadas é de las porras fué tan grande el alborozo é el sonido como si tronase muy fuertemente. Entre tanto llegó don Guillem de Velanias, que era tío de Odon, é era hombre de alto lugar, é venia quanto el caballo lo podia traer, su espada sacada en la mano, é entró en la priesa como leon saúdo, é aprobó en armas tan bien aquel día, que tomaron los cristianos muy gran esfuerzo; dando tales golpes, que al que bien alcanzaba

non habia menester cirujano; é llegó allí do habian derribado á su sobrino, é alzó él por fuerza la seña, que yacia en el campo, é mató al turco que á él matara. E en esto estando, veniera en acorro el duque de Bullon é Gualter el aleman, que era su compañero. E don Yugo Lomaines, cuando vió yacer muerto en el campo al turco que matara el su aférez, hobo muy gran placer además, é lloró por su aférez muy doloridamente, é dijo por él desta manera: «Ay buen caballero, cumplido, de buenas mañas, cuán gran derecho hacia yo de vos amar mucho, ca siempre vos trabajastes de me servir bien é lealmente con todo vuestro poder; é si vos yo agora no vengo, no debia mantener un palmo de tierra!» Estonce dió al caballo de las espuelas muy de récio, é fué herir de la lanza á un turco tal golpe, que le falsó el escudo é la loriga, é partióle el corazon por medio, é derribólo del caballo muerto en tierra, é dijo: «A tierra, falso descreído; que ya habréis el galardón del mal que hecistes.» Allí vino el duque de Bullon, é Gualter con él, que era muy buen caballero; é el Duque entró dentro en la batalla, hiriendo á diestro é siniestro; é un almirante muy grande salió de la priesa en que estaba, é fuése derechamente para el Duque; é el Duque, cuando lo vió, fuélo á recibir, é dióle tan gran herida del espada por encima del yelmo, que todo lo fendió fasta en los dientes, é cayó el almirante muerto en tierra; é los otros de su compañía lidiaron muy bien é hicieron todo lo mejor que pudieron, é hicieron de una parte é de otra comunmente; así que, perdieron las cabezas mas de mil turcos. Allí veríades muchos caballos sin señores, con las riendas quebradas é las sillas trastornadas huir por los valles é por los montes. Mas tantos eran allí de los moros, que, si non fuera por la merced de Dios, gran daño hobieran rescebido los cristianos ese día.

CAPITULO CXL.

Cómo el conde Ruberte de Flándes entró en la pelea, é cómo mató un turco.

Segun habeis oido, se encendió la batalla, é el conde Ruberte de Flándes cabalgó muy esforzadamente, é entró en la batalla con mil caballeros, muy bien armados de lorigas é de otras armas, cuantas les eran menester, é cabalgó en un caballo muy preciado, é metióse en la mayor priesa de la batalla; é al que él bien alcanzaba de la lanza ó de la espada, no podia del su golpe escapar de muerte; é encontróse con un rico hombre, natural de Persia, que maltraia á los cristianos de hecho é de dicho, matando en ellos é depositando; é viólo el conde Ruberte de Flándes, é tanto hobo gran pesar del mal que decia é hacia, que le fué dar del espada en el yelmo tal golpe, que lo hendió hasta el pescuezo; é él tirando del espada, del golpe contra sí, cayó el persiano muerto en tierra; é sus caballeros hirieron, otrosí, en los moros muy esforzadamente; así que, estonces la batalla, que no habia tamaña priesa, fué allí refrescado lo pasado é doblado en esa hora; así que, non veríades ninguno perezoso de no haber bien lo que le cabia de hacer, é quebrantaban escudos é espadas á gran priesa, é falsábanse tantas lorigas, que en poca de hora fué el campo cubierto de

moros muertos. Mas tan grande era la muchedumbre de los moros, que, maguer muy muchos dellos murian, non semejava que menguaban.

CAPITULO CXXI.

Cómo Tranquer entró en la batalla.

Allí entró Tranquer aquella hora en la batalla, con dos mil caballeros de buena edad, todos mancebos, é encontróse luego con un rico hombre muy poderoso, que hacía mucho mal en los cristianos; é cuando vió que podría hacer en ellos mucho daño, si mucho viese, aquel moro, aguijó contra él con muy gran saña que había, é dióle con la lanza en el escudo, que gelo falsó, é la loriga eso mesmo, é pasóle por los pechos de parte á parte, é dió con él muerto en tierra, é dijo: «A tierra, mendigo; que maldita sea la vuestra natura; é si bueno era é bien hacia él, otrosí hicieron sus compañeros, é refrescaron la batalla muy bien, é hicieronles estar en sí é tornar á zaga ya cuanto; mas los moros eran muchos además, como dicho es; é así que era mucho menester el ayuda é la merced de Dios para los cristianos, para poder abatir los moros é los vencer.

CAPITULO CXXII.

Cómo el duque de Normandía entró en la batalla, é cómo hirió á Corvalan.

Aquel duque de Normandía, que era muy temido, ca había ya acabado grandes hechos, é como estaba ya acerca de su haz, entró en la batalla con dos mil caballeros escogidos, é andaba él muy bien armado sobre un caballo blanco, é tan bien heria á diestro como á siniestro; así que, en poca de hora hizo gran plaza á derredor de sí. E en esto Corvalan venia armado muy noblemente, ca traía un escudo que tenía él, que ninguna arma non gelo podría falsar, é el yelmo muy rico con piedras preciosas por él, é muy buena lanza, la mejor que había en todas sus compañías; é en su escudo estaba figurado un baclarte, que era señal de sus armas. E cuando le conoció el Duque por aquellas señales que había oído que traía, fué para él atrevido é muy bravamente, como muy buen caballero, é dióle en su venida tal golpe, que dió con él en tierra, sus camisas alzadas; é hobiérale cortado la cabeza con su espada, sino porque tardó un poco, é en tanto acorriéronle luego los de su compañía, que eran tantos, que non habían cuento, é corrieron, é alzaronlo é leváronlo mucho apriesa á su tienda, cabo do estaba el estandal, á que dicen ellos en su lenguaje *será*, que era como fortaleza, adó se habían de acoger todos los vencidos que estaban ante aquella su tienda, á par de una mesquita hecha de paño; é echáronlo en una cama muy rica, é hicieronle luego catar las llagas á unos cirujianos de Africa que andaban en su compañía, é eran los mejores maestros de llagas de cuantos hi había; é vieron á Corvalan en aquella su tienda, que era labrada de paño muduan (1), que era muy preciado mas que otro, é las faldas de la tienda eran listadas con cintas de oro, é las cuerdas de la tienda eran de sirgo muy fino, é las sus estacas eran de huesos de marfil, é hicieronla

(1) Quizá *Midan*, que es el nombre de una ciudad de Persia.

maestros de Suria, é labráranla muy ricamente con tan gran maestría é tan sábiamente, que todas las historias de todas las cosas que acaescieron desde el tiempo de Adan hasta en aquella sazón, todas las dibujaron en ella. E cataron á Corvalan las llagas é curaron muy bien dél, mas ante que él hubiase holgar un poco, le hicieron tal pesar alemanes, é báveros, é franceses, é borgoñeses, é manfilis, é normanos, que mas quisiera estar allende el flúmen Jordan que non ser allí venido de como le iba.

CAPITULO CXXIII.

Cómo Corvalan tornó á la batalla despues que le hobieron curado la llaga, é cómo se comenzó muy fiero la batalla.

Corvalan, que yacia herido en su tienda, como habemos dicho, cuando oyó la vuelta de la batalla, é las grandes voces é los alaridos de todos cabos, é que los cristianos pelegrinos maltraían á los suyos, non gelo pudo sufrir el corazon, é demandó por sus armas á gran priesa, é cabalgó en su caballo Balzan, que era muy bueno é muy ligero, é mandó luego tañer los atambores é las bocinas é los añales, é cabalgaron con él mas de siete mil alárabes é persianos é indianos, é de otras muchas tierras, é así habían diversos nombres, segun la tierra donde eran naturales; é como quier que habían muchos nombres, á todos comunmente llamaban turcos; é desque Corvalan se vió entrar ellos en su caballo, dijo con lozanía é con soberbia, é en menosprecio de los cristianos: «Mahoma maldiga é destruya aquella gente cativa é mendiga, que me non quieren dar vagar.» E así armado é guisado, segun su costumbre de los moros, tornó á la batalla con aquellos siete mil turcos que habían de guardar su cuerpo que los cristianos non le pudiesen hacer daño, é entró en ella muy esforzadamente; é los cristianos recibieronlo muy de grado con las lanzas é espadas é con las otras armas que ellos traían; é estonce fué vuelta la batalla, é tan de récio herida de la una parte é de la otra, que Dios nunca hizo hombre tan sábio ni tan esforzado, que en aquella priesa se pudiese dar consejo cómo se desolviesen los unos de los otros. Mas los cristianos, que entendieron bien que aquel era el mayor esfuerzo de los moros, esforzáronse ellos todos en sí, é tan de récio hirieron en ellos, que por fuerza les hicieron dejar de pelear é tornar á zaga bien una carrera de caballo contra su mezquita, do estaba la tienda de Corvalan é la gran seña, á que ellos llamaban estandal, en que había encima della un dragon de oro, hecho muy sábiamente, en significanza del gran señorío; é allí era todo el acorro é el esfuerzo de Corvalan é de todos sus turcos.

CAPITULO CXXIV.

Cómo Barhadin, el hijo del gran Soldan, entró en la batalla é mató un caballero cristiano, é de las palabras que decía.

Despues Barhadin, el hijo del gran soldan de Persia, entró en la batalla con treinta mil turcos escogidos por muy fuertes é muy braceros, é los mas dellos eran del linaje de Júdas; é él iba armado de una loriga, que fuera hecha en Domas, é el yelmo otrosí fuera labrado con el agua del rio de Eufrátes, é templado en ella por

muy gran maestría; é el escudo era muy preciado, é fuera de un rey á que llaman Jonatás. E ese Barhadin traía allí un capirote con manga, de dos paños muy preciados, el uno de un jamete, é el otro de Constantino-pla, é dijo á muy grandes voces: «Yo quiero curar destos cativos;» é esto decía por los cristianos. E dijo: «Adelante, adelante; ca yo los llevaré á mi padre hasta Balzac.» E estonce hirió de las espuelas al caballo, que era muy ligero, é sacudió doblegando la lanza, que era muy buena. é fué á herir con ella á un caballero que decían Alcernaus, é era de la haz del obispo de Puy, é matólo, é tornóse para los suyos, alabándose é haciendo gran alborozo é alegría, que maravilla era.

CAPITULO CLV.

Cómo el duque Gudufre hirió á Barhadin.

Como habéis oído, Barhadin mató á Alcernaus, é cuando el duque Gudufre oyó las alabanzas é el alborozo é alegría que él hacía por ello pesóle mucho; é teniendo que debía ser gran vergüenza á cualquier bueno de su parte que lo oyese, é non hiciese lo que debiese, dijo de manera que lo oyeron muchos, que si él non castigase aquellas soberbias de Barhadin que se ternia por hombre sin ventura; é hirió de las espuelas al caballo, que era muy récio é muy ligero, é abajó la lanza, é con el gran corazon é la gran saña que tenía, hizo doblar como verdugo, é fué á herir á Barhadin el descreído é soberbio, de manera que lo non erró. Mas alcanzóle por encima del brazal del escudo, é pasóle el hierro de la lanza por él é por la buena loriga, é entróle al corazon é dióle por medio dél, é partiógelo en dos partes; é tan de récio reimpujó la lanza, que por fuerza lo derribó sobre el arzon zaguero de la silla, é lo hizo caer por el alcafar del caballo, fasta que le derribó é dió con él en tierra de esta manera. Despues dijo: «Don Falso, descreído, malo, mentistes, ca ya por vos no serán deshonrados los nobles hombres de los cristianos, ni escarnidos.» E dejólo mal parado desta manera, é tornóse á su compañía. E los moros, cuando vieron muerto á Barhadin, fueron muy desmayados, é como eran muchos, que podían ser cincuenta mil caballeros, dieron todos en uno tan grandes gritos é voces, que bien de una legua recudió el sonido en derredor; tan grande hicieron el ruido.

CAPITULO CXLVI.

Del gran llanto que hicieron por Barhadin los persianos que lo aguardaban.

Despues que Barhadin fué muerto, como ya dejimos, llegaron estonces de todas partes los persianos que lo habían de guardar; é los persianos é los de Nubia hicieron tan gran llanto, que espanto era de oír é de ver; é Corvalan tamaño hobo el pesar por la muerte de Barhadin, que por poco non perdió el seso; é lloraban todas sus gentes muy fuertemente, contando su esfuerzo é su bondad, diciendo en su duelo que facian por él: «Ay Señor Barhadin, flor é prez de nuestra caballería é esfuerzo é acorro del imperio de Persia; ca mayor es la pérdida de vos solo, Señor, que non seria de todos nosotros si fuésemos muertos; é no tan solamente porque

érades señor, mas por la vuestra gran bondad é mesura, é por el gran seso que en vos había, é mayormente porque entendíades qué cosa era grandeza é honra, ca vos honrábades tan bien á los pobres como á los ricos, cuando lo merecian.» Aun mas decía Corvalan en su llanto que hacía por Barhadin: «Agora es quebrantado el espejo en que todo el mundo se miraba. ¡Ay Barhadin! hijo del Emperador, ¿qué diré yo á vuestro padre, que con tan gran ahinco é piadat me dijo que os guardase de los cristianos que vos non cogiesen en su poder do vos pudiesen hacer mal? Qué excusa podré yo dar, que me salve é me ampare de la vergüenza? Mal os guardé; que non tengo jamás en vos acorro ni esfuerzo. ¡Ay Barhadin! ¿cómo tornaré ni osaré parecer en tierra de moros, cuando vos yo dejé así perder, é no vos llevaré vivo. Par Dios, muy mas me plugiera é mas valiera que yo muriera en vuestro lugar.» E estonce llamó á grandes voces en cabo de su llanto, é dijo con gran pesar: «¡Oliferna, Oliferna!»

CAPITULO CXLVII.

Cómo se ayuntaron los turcos por vengar á su señor Barhadin.

Quando los turcos oyeron llamar Oliferna, ayuntáronse todos luego en derredor dél mas de cuarenta mil turcos por vengar á Barhadin, é fueron é entraron en la batalla; mas, segun dice el proverbio, quien piensa vengar su deshonra, en mas mengua se le torna; é así acaesció allí á Corvalan é á los suyos, ca los cristianos, cuando los vieron venir, non dieron nada por ellos ni los temieron, antes se encendieron á los recibir muy ordenadamente, é hirieron luego en ellos, é fué la batalla tan encendida, que hobo muchas cabezas por el suelo, é muchos piés é muchas manos tajadas, é muchos escudos partidos, é muchos caballos derribados, é muchos caballos sin señores, que andaban trastornadas las sillas; é esforzáronse tanto los cristianos de aquella arremetida é de aquel rebate que hicieron en los moros, que por fuerza de heridas se hobieron los turcos de tirar afuera. Cuando Corvalan aquello oyó, perdió la color, é dijo que ante queria que le sacasen el alma que no llevar á Barhadin muerto á su tierra.

CAPITULO CXLVIII.

Cómo Corvalan sacó á Barhadin fuera de la batalla.

Despues que Corvalan vió yacer muerto en tierra á Barhadin, crecióle tan de récio la saña é el pesar, que se arremetió contra él, ca lo amaba muy de corazon. E estonce llamó Oliferna, porque se llegase su gente á derredor de sí, é ayuntáronse luego apriesa mas de siete mil arqueros, é lanzaron tantas de las saetas á los cristianos, que eran tan espesas, que parecían las gotas de la lluvia cuando caen; así que, hicieron á los cristianos tirarse afuera maguer que non quisieran. De manera que non hobo ninguno tan esforzado que pudiese estar en el campo; é Corvalan en esto tenía todavía el ojo en Barhadin; é cuando lo vió yacer en tierra fué á él á lo abrazar, é alzólo é púsole sobre la cerviz del caballo, é sacólo desta manera fuera de la priesa; ca por ninguna manera non lo queria allí dejar, é demás, que

non le convenia. É mandó luego á sus turcos que lo aderezasen para camino como pertenesciese, é se fuesen luego con él; é los turcos despojáronlo luego de las armas é de lo otro, é sacáronle el vientre é lavaron bien el cuerpo é untáronle con mirra; é desde que lo hobieron unta-to, vistiéronle un paño muy preciado, á que decian en su lenguaje *diaspre*, é era blanco de color, é este le vistieron á la caróna, é sobre aquel envolviéronlo en un baldoque, é apretáronlo muy bien con él, é echáronlo en una cama, cubierto de un diaspre blanco é muy noble, é pusieronlo sobre cuatro caballos muy buenos, é fuéronse con él. É Corvalan tornóse á la batalla por acabdillar su gente.

CAPITULO CXLIX.

Cómo Amagdelis mató á Guillem de San Dionís.

Muy grande fué la batalla é muy fuerte é de gran mortandad de la una parte é de la otra, mas don Jarran de San Polo, un caballero de muy gran linaje, é don Yugo Lomaines hicieron aquel dia muy maravillosamente de armas, ca mataron muchos turcos orgullosos é muy lozanos. É Amagdelis, de que habeis ya oido hablar en este libro, venia espolonando por la batalla, é cuando vió muertos los grandes hombres de Persia é los muy honrados é de gran alta manera, que le habian dado heredamientos é los ricos paños de seda é de peñasveras é de grises, hobo muy grande pesar, que por poco non se le salió el alma, é quebróle el corazon, é comenzó de llorar ante Corvalan muy apuestamente, diciendo: «¡Ay Corvalan, cómo sois escarnido! Nunca me quisistes creer del buen consejo que os daba, que hiciédeses la batalla de diez por diez, ó de veinte por veinte, ó de uno por uno; é ya es vuestra caballería desbaratada, é vos sois deshonrado é aviltado para siempre; mas agora quiérovos mostrar el bien que vos yo quiero.» Estonces arremetió el caballo é tembló la lanza, é fué ferir sobre el escudo á Guillem de San Dionís, que era un caballero muy ardido, é pasóle el escudo é la loriga, é pasóle la lanza por el cuerpo de parte á parte, é dió con él muerto en tierra, é despues nombró á su Señor, loándolo, é tornóse para los suyos.

CAPITULO CL.

Cómo el rey de los tahures entró en la batalla.

Oido habeis cómo fué herida la batalla de ambas las partes, é los turcos con sus arcos hirieron muy apriesa en los cristianos; mas los cristianos defendíanse muy bien; é en esto el rey de los tahures é la gente menuda que venian con él entraron en la batalla; é eran todos desarmados, ca non habia ninguno dellos que trujiese escudo ni yelmo ni loriga; pero despues en la batalla hiciéronlo muy bien, é comenzaron á herir de palos é de porras, é de cuchillos é de hachas, de guisa que hicieron muy gran daño en los moros, é mataron muchos dellos además; é los que non tenian otras armas herianlos con piedras, que tiraban muchas dellas é muy de récio; é desta gente menuda que entró con el rey de los tahures, pareció á los turcos muy espantosa cosa, ca se metian mucho en ellos, así como á ciegas é como hombres que non temian la muerte, é doquier que llegaban no les escapaba ninguno sin peligro

de muerte; é ellos non se espantaban por muchedumbre que vieses de los enemigos, ni habian miedo de irse á matar con ellos; así que, con los dientes regañados se arremetian tan fieramente á los descreidos, que se pensaban que luego los querian comer; é como oyeran ya decir é contar que aquellos eran los que comian los moros muertos é vivos, por ende habian dellos muy grande espanto. Mas aun de otro lugar les sobrevino muy mayor; ca don Pedro el Ermitaño vino lí con su barba luenga, é entró en la batalla muy atrevidamente, é comenzó á herir en los turcos de manera, que no alcanzaba persiano, por récio que fuese, que del su golpe no diese con él muerto en tierra; que traía un bordón fuerte é pesado é bien herrado, é heria con amas manos é daba á los caballos en las cabezas é por los piés de travieso, é tanto se esforzaba de herir en ellos, que todo trasudaba, como si saliese de un baño; é las dueñas traian agua en las botijas é en barriles é en terrazos, é daban á beber á los que habian sed; é los turcos, como vieron aquello, dijeron que si aquella gente mucho durase, que los comerian á todos; é estonce hobieron su acuerdo, é fué tal, que fuesen á ellos todos en uno ayuntados á espuela hita, é hiriesen en ellos con los pechos de los caballos, é que así los vencerian, é bien así lo hicieron; é venieron tan de récio á ellos, que si non fuera por la merced de Dios, que non consintió que sus servidores peresciesen, fueran desbaratados todos de todo en todo. Mas el obispo de Puy, cuando oyó el alborozo é el mal tratamiento de los cristianos, llamó á grandes voces santa María, é dijo mas así: «Dios, mira é torna sobre tu pueblo, é abre los tus ojos é torna la tu haz á los tus siervos, que tanto afán é tanta pena han sufrido por el tu amor.» El Obispo, cuando hobo dicho estas palabras, vino luego, aguijando por la batalla, é traía consigo la compañía del conde de Tolosa, que eran muy buenos caballeros á maravilla, ca el Conde quedó para guardar la villa, así como habeis oido é muy contra su voluntad, aunque gelo rogaron ante todos los honrados hombres de la hueste. É iba el Obispo armado en un caballo blanco, é levaba en la mano la lanza con que nuestro redentor Jesucristo fuera herido en el costado, é andaba entre los cristianos de los unos é á los otros conhortándolos é diciéndoles que non desmayasen ni temiesen la muerte, é que se les membrase en cómo nuestro Señor Jesucristo sufriera por nos muchas penas, hasta que murió por comprarnos é salvarnos; é que fuesen ciertos que todo aquel que allí muriese defendiendo su ley é cuerpo, que iría derechamente desde allí á paraíso, ca los perdonaba é absolvía del mal que hicieran é dijeran hasta aquel dia. É ellos, cuando oyeron lo que decia el Obispo é el gran conhorto que les daba, esforzáronse todos para hacer bien; é non hobo tan cobarde, que se non esforzase por aquellas palabras é que non demandase batalla de todo corazon; é dijeron todos así: que ante que la noche viniese harian á los turcos pagar el mal que habian hecho en los cristianos; é estonce comenzaron á herir en ellos tan de récio, que en poca de hora mataron tantos, que non podría hombre decir el cuento dellos; é tanto era cubierto el campo de moros muertos, que muy con trabajo podría hombre aguijar por él.

CAPITULO CLI.

Cómo los ricos hombres hobieron su acuerdo que fuesen todos á herir en los turcos.

Despues que el obispo de Puy hobo conhortado los altos hombres, segun que ya dejimos, hobieron su acuerdo que fuesen todos á ferir en uno en el gran poder de los turcos que venian contra el rey de los tahures; é dijeron á aquellos que tenian mejores caballos é que estaban mejor aderezados que fuesen en la delantera, é los otros que tan bien aderezados no estaban, que fuesen á sus espaldas; é escogieron cuarenta que fuesen en la delantera, é contarvos hemos agora aquí cada uno por su nombre: don Yugo Lomaines, hermano del rey de Francia; Dino de Niela, Clarembalt, Aicarte de Montemerle, Roldan de Orenge, Oliveros de Marson, Estéban de Arbolmala (1), Girat de Gornay, Rinalte de Ceresivellon, el noble Galter de Donmaarte (2), Tomás de la Feria, don Yugo de San Polo, don Jordan, su hijo; Ruberte, conde de Flándes; Eustacio de Boloña, hermano del duque Gudufre; Baldovin de Monte-Alberte el Loforongo, don Yugo de Digon, el conde Lamberte de Lige, el conde Retrol Dalperchas, Golfer de las Torres, Folqueres el Huérfano, don Rimbalt Creton, Págo-mer de Chenci, Guiralt de Davion, Rogel de Nosoy-que, Zopégaba del Calcañar, Tranquer de Cecilia, Boy- monte, príncipe de Polla; el obispo de Puy, Baldovin Calderon, el duque Gudufre, Guillen el alemán, Folqueres de Blenzo, Baldovin de San Guillem, el mancebo que vengó á don Belvays, que era alférez de don Yugo Lomaines. Estos fueron á ferir primero tan apriesa cuanto los caballos los podian levar, é metiéronse entre los turcos bien así como iban airados; é así los quiso Dios guardar, que non hobo ninguno dellos que non matase el suyo del primer golpe; é luego que les quebraron las lanzas, metieron mano á las espadas, é hirieron en ellos tan de récio, que en poca de hora todo el campo yacía cubierto de sangre dellos. En pos destes llegaron luego los otros, é comenzaron allí la batalla tan grave é tan espantosa, así que el ruido de las heridas é de las armas semejava truenos, é la claridad de las espadas relámpagos.

CAPITULO CLII.

Cuántos ricos hombres turcos se acertaron en aquella batalla.

Muy gran cosa sería de contar los golpes señalados é las heridas que aquel dia fueron fechas de altos hombres de los cristianos, é otrosí de Corvalan é de los turcos, que era hombre de gran esfuerzo; pero contarvos hemos lo que dijo Ricarte el Pelegrino, que se acertó en aquella batalla, é despues fué amigo de san Pedro de Antioea; ca, segun cuenta la historia que el Conde hizo, fueron ayuntados en aquella batalla noventa é dos reyes, sin los otros ricos hombres honrados que-hí fueron. Mas en aquestas feridas que vos agora dirémos aquí, fueron muertos los cuarenta é uno, sin Corvalan, de que están aquí los nombres, é son estos: Blandelaus, el rey Religion, Gadaus, Rodamus, Elías de Riota, Demeus, Bruman, Samson, Júdas Macabeo, Salamon,

(1) Entiéndase *Abamarra*, como en la pág. 254.

(2) El mismo caballero llamado *Gualter de Domarte* en otro lugar, pág. 259.

CAPITULO CLIII.

Cómo el duque de Normandía mató al rey Religion, é Gudufre á Zuleman, é don Yugo á Zaifadola.

Grave é muy fuerte é muy herida fué aquel dia la batalla, é duró gran parte del dia, ca eran de amas las partes todos muy porfiados en ella. E en la gran porfia é en la gran envidia consideraban cada uno en sus corazones qué habrían de los vencedores los que fuesen vencidos, é la gran honra é el muy gran galardón de honor, é la gran mejoría que habrían los que venciesen, é otrosí el trabajo é el muy gran denuesto que por siempre habrían los vencidos; cada una de las partes deseaba haber lo mejor, é esto era vencer; por lo cual afin- caban todos muy fuertemente la lid, ca veian que luego que se librase, que habrían cada uno para sí lo que robase; é por ende, non se daban vagar de se matar de la una parte é la otra; así que, non podría saberse estonces cuáles habian lo mejor ni de los cristianos ni de los moros, que tan bien hacian de armas todos, que era maravilla. El duque de Normandía, cuando aquello vió, dió de las espuelas al su caballo, llamando Normandía, é fué á ferir de la lanza al rey Religion por la daraga, de manera que gela falsó, é otrosí falsó la loriga, é metióle la lanza por el corazon, é tan de récio fué el golpe, que le pasó de la otra parte, é le salió á las espaldas, é dió con él muerto en tierra. El buen duque de Bullon alcanzó con su espada á Zuleman, que llamaban los franceses Soliman, que fuera soldan de Ni- quea é de Rocamiralla, é dióle tan de récio, que le cortó la cabeza; é otrosí don Yugo Lomaines alcanzó estonces á Zaifadola, hijo del rey Arquilis de Antioea, el que fuera á Persia por el acorro del Soldan, é trajiera de allá aquella hueste que acabdillaba Corvalan de Oli- ferna, é iba para acorrer á su padre, é en la pasada de un valladar dióle don Yugo un tal golpe del espada por encima de la cabeza, que todo lo fendió fasta en las asaduras. Estonces dieron los turcos tan grandes voces é tan grandes alaridos, que la tierra se estremecía en derredor gran pieza; é venieron luego los turcos de todas partes, é tantas tiraron de las saetas, que tan espesas iban como el granizo en su tiempo cuando cae; é allí fueron estonce las dueñas muy maltrechas é tro- pelladas de los caballos, é ante que se levantasen, murieron muchas dellas, é de aquella arremetida perdieron mucho los cristianos, que tan grande era el poder de los turcos, que les facian estar como en peso; así que, se non podian mudar adelante ni un paso; é si Dios, por su merced, no les acorriera, fueran todos desbaratados.

CAPITULO CLIV.

Cómo los cristianos pensaron, por los ángeles blancos, que era gente nueva que venian en acorro á los turcos.

La batalla estaba así en peso, como habédes oido; mas tanto venian espesamente los turcos, é tan grande era